



GRANJA DE LAS PIEDRAS, MI PUEBLO-CALLE,

«Yo nací en Granja de las Piedras. Entonces Granja de Las Piedras era un barrio obrero diferente. En un principio sólo había una granja y el camino. Una granja con vacas y gallinas de nombre «Granja de las Piedras». Una granja desmedida, como una nave industrial decimonónica varada en un verde prado, enjalbegada, rodeada de terrenos de labrantío.

Más tarde, a la llamada de la construcción de la Central Térmica fueron llegando los obreros, que poco a poco y con gran esfuerzo compraron pequeñas y suficientes parcelas que le proporcionaban vivienda, subsistencia y vida. Sus casas se vertebraban, agrupadas en pequeños núcleos de tres o cuatro, a lo largo del interminable camino terrero, su verdadera columna vertebral. En un despliegue de talento e imaginación algún lumbrera denominó a la Granja, camino y barrio con el mismo nombre «Granja de las Piedras».

Todo el camino estaba salpicado de piedras incrustadas, unas mas grandes que otras pero todas eran cantos rodados de panzas pulidas y radiantes en las noches de luna llena. Una ancha cuneta de tierra plagada de hierbas y matas en una orilla y una pequeña y estrecha acequia de agua por el margen opuesto delimitaban y flanqueaban ciertamente el camino sin aceras, con abundantes socavones que los vecinos arreglaban de forma colectiva y paciente las mañanas de domingo en un rebullir frenético de hombres y chavales, de palas, rastrillos y carretillas, de trasiego de grava, tierra y arena, voces roncas de hombre y correr de botas de vino. Todas las casas se parecían; sobre la parcela se erguían viviendas de una sola planta baja, con bodega y desván en la parte superior; cubierta de pizarra negruzco-azulada,

típica y abundante en la zona de La Cabrera (por entonces aún se llamaban Las Hurdes). La parte trasera de la parcela se aprovechaba como huerta, auténtico vergel de regadío donde cosechaban lo mas necesario.

Al caer la noche en cada casa encendían la radio como un rito o como si de un exorcismo se tratara y salían ruidos hechizados, agudos chillidos de viejas y grandes radios colocadas sobre lustrosos aparadores que presidian pequeños comedores. Las radios tenían una carcasa de madera exterior, en la inferior teclas blancas de hueso como las de un piano y en el frontal dos botones redondos y nacarados, simétricos uno a cada lado, que regulaba el volumen uno y la sintonía el otro. Sintonías que recorrían países y ciudades exóticos, remotos a los que nunca llegarían los escuchantes y estaban allí, tan cerca escritos al tresbolillo sobre un panel frontal de cristal por detras del cual se movía la pesada aguja del dial: Paris, Londres, Bordeaux, Munich, Andorra, Sevilla, Barcelona...su búsqueda arrancaba chirridos seguidos de voces gangosas que aparecian como por ensalmo en extraños y lejanos idiomas incomprensibles, a veces en algunas casas y siempre en la de Villagarcía, aquella saetilla se paraba en un punto del dial preestablecido, marcado y entonces empezaban a sonar unos acordes suaves de xilófono, modulados y que se recibían a golpes, como ráfagas de viento: « habla Radio españa independiente estación pirenaica...» y los obreros de Granja de las Piedras creían que estaban escuchando una Radio conocida, cercana y familiar que estaría emitidiendo no mas lejos de los Pirineos... tendrían que pasar mas de veinte larguísimos años para saber con exactitud la procedencia de aquellas ondas...».

Vicente de Lérins

Jueves, 02 de Junio de 2005 14:24



RECUERDO DE PORTUGAL,

Ayer estuve en la Taberna de Jose comiendo bacalhau portugués. Me gusta el bacalao, pero me gusta mucho más Portugal ;ese país inmediato, fronterizo y lejano. Dicen que hemos vivido de espaldas durante siglos. Me cautiva Portugal: mi música favorita es el fado, escritores como Miguel Torga, Pessoa, Lobo Antunes y sus cuentos o el inteligente y sagaz Saramago son o han sido mis escritores de cabecera.

¿Qué más puedo demandar a un país que no conozco y que me deja degustar todo lo bueno que tiene?

Al salir de la taberna tuve que hacer un verdadero esfuerzo para recordar mi primer encuentro con este país. La única vez que visité Portugal fué a finales de los años noventa. Llegamos hasta la comercial y norteña Chaves en viaje desde Orense durante un fin de semana. Aún siendo tan ligero y breve el bagaje y la estancia, tengo en mi mente el plano de la Lisboa cantada por las fadistas con melancolía y a veces yo también viajo en ese tranvía amarillo de postal y recorro en un sueño que ahora se me antoja infantil, el Barrio Alto, Alfama, o la Catedral sin nunca haberlos visitado. Para encontrar mi primer recuerdo portugués tuve que bajar hasta el fondo y buscar en los pliegues de mi memoria, que ahoran son muladar y vertedero de tantos proyectos fallidos, para toparme con la primera experiencia vivida de pasión lusa. Recordé a Mario y a su familia que vivían al final del camino, ya en Columbianos, en una insólita casa de adobe con techumbre variada de teja entreverada de chapas de hojalata, extraña por la carencia de ventanas o de haberlas resultaban ridículas o estaban tapiadas. Allí vivían varias familias, pero el patriarca era Mario (Mauro) el Portugués.

Y de ahí me viene el recuerdo, de ir a misa los domingos con Manolo, su primo José Manuel o Paco y pasar por delante de la casa sin mirarla, rece- losos, con un pavor congelado, y salir corriendo al menor grito o ladrido sin

atrevernos a volver la vista y curiosar. Siempre había perros, perros grandes de guarda, y caballerías. Eran chalanes, vivían del trato de ganado, en especial del equino, de mulas y burros grandes como elefantes. También trabajaban de feriantes y los veíamos en las fiestas de los pueblos, con las casetas de tiro, las barcas o sus pequeñas rifas y tómbolas. Aún con la tristeza y la amargura generalizada que rezumaban aquellos años de dictadura, ellos parecían si cabe aún más lúgubres. ¿De qué remoto, desgraciado y triste lugar habían venido? A veces y en nuestra ignorancia, los llamábamos gitanos, o húngaros... ¡y eran tan cercanos ! Ellos, los hombres, vestían como los mas pobres del lugar, excepto Mario -Nunca ningún vecino se atrevió a llamarlo «don»- que vestía de riguroso traje y siempre iba tocado con sombrero de paño. Las mujeres vestían faldas y trajes costumbristas, cubiertas con grandes y floridos pañuelones típicos de su país que en el pueblo llamaban la atención por ser tan pintorescos y porque para nosotros habían caído en desuso hacía algunos años. Aunque aquí se siguiera en blanco y negro con sus breves variaciones de gris, estábamos al menos oficialmente «más adelantados». No recuerdo haberles oído cantar fados, o sí y no supe que entonces lo que eran fados. Hoy los fados de Amalia, de Mariza, de Camané,...son el factum, la voluntad de los dioses.

Ahora sé que el fado forma parte del alma portuguesa, como lo ha explicado el gran poeta Pessoa: «El fado no es alegre ni triste, es un episodio del entreacto; el alma portuguesa lo concibió cuando no existía, porque lo deseaba todo aunque no tuviera fuerza para realizarlo. El fado es la fatiga de un alma curtida, la mirada despechada de Portugal hacia ese dios en que había creído y que también le ha abandonado. En el fado, los dioses vuelven, legítimos y lejanos».

Vicente de Lérins, Martes, 07 de Junio de 2005



A MI ABUELO BONIFACIO *IN MEMORIAN*

«Corría el mes de Abril del año 1895, una fuerte y tardía nevada había sorprendido a los habitantes de PALACIOS , una pequeña aldea situada a las faldas del Pico Becerril y cobijada de los vientos del norte por el Picueto. Este día, FELIPE VILLANUEVA, observó como por la ladera contraria al pueblo se abría paso un ejemplar de Oso Pardo. Raudo y nervioso subió al desván y cogió sus armas. Su fin era claro, correr monte arriba y sorprender al Oso. Como sabía que este era animal peligroso, tomó la precaución de llevar dos escopetas para evitar un comprometido fallo. Corrió, atajó por las fincas, y esperó. No tardó el ursino en aparecer, y Felipe Villanueva disparó su vieja escopeta de chimenea. Un único y certero disparo acabó con la vida de la codiciada pieza, que resultó ser una Osa y, a su lado, se encontró con un asustado cachorro que gimoteaba melancólicamente. La primera reacción de Felipe fue la de atrapar al “osín” y se abalanzó sobre él, pero éste se revolvió y le mordió en el cuello, necesitando Felipe de la ayuda de un convecino para zafarse de tan fiero enano.

El caso es que al atardecer, el Sr. Felipe apareció en el pueblo con la piel de la Osa y el osito corriendo tras de ella. Comenzó entonces una especial relación entre el animal y el hombre; siguiendo el oso a Felipe a todas partes, “igual que un perrín”, correspondiéndole éste con juegos y mimos. Pero el “osín” también dedicaba parte de su tiempo a preparar trastadas por la casa familiar, por lo que la “ama de la casa” comenzó pronto con sus riñas hacia Felipe. Finalmente el inquieto cachorro consiguió destrozar la “lacena” de los platos, hazaña que colmó la paciencia de la abuela y ante sus presiones, el Sr. Villanueva no tubo más remedio que cargar con el “osín” y bajarlo a Ponferrada para intentar vendérselo a un circo que en esas fechas actuaba en este gran pueblo.

No fue fácil la despedida. El pequeño oso, fuera de su ambiente, se

mostraba nervioso, parecía que intuía el fatal desenlace. Como amparo se aferraba a la piernas de Felipe y lloraba lastimeramente; el mismo llanto que Felipe había escuchado el día que abatió a su madre, con la salvedad de que esta vez Felipe ejercía como tal. Desterrado el oso, volvió una normalidad aparente a la casa de los Villanueva. Pero en las frías tardes de invierno, en las que la nieve invadía los montes de Palacios, Felipe, sentado en el corredor de su casa, recordaba y suspiraba por su “osín”.

Pocos años más tarde, allá por los veinte, el Oso Pardo se extingue definitivamente de los Montes Aquilanos; con el plantígrado se fueron también los Linces, Ciervos y Urogallos. Después las gentes comenzaron a deshabitar aquellos núcleos rurales que presentaban unas condiciones de vida extremas, pueblos como Ferradillo, San Adrián o el mismo Palacios, dejando el paso libre a los incendios forestales, y a una nefasta gestión cinegética y forestal, que han conseguido degradar esta abrupta sierra a extremos insospechados».

Viernes, 03 de Junio de 2005 14:21

Nota d.A:....Felipe Villanueva era el padre de mi abuelo Bonifacio .



TARDE DE PLAYA

Mi amante me dijo: "Inspírate en el color turquesa del mar, y miré, y me fijé y la ví a ella en la mar..."

«Viene rugiendo una ola coronada de blanco para deshacerse en la arena fina de la playa dianense de Las Marinas. De pronto enmudece y en su caída borra lamiendo las anónimas huellas de unos pies descalzos. Al poco se recoge formando la base de la siguiente onda. Sopla un viento de levante en la playa sosegada y ausente que mueve los penachos centrales de las palmeras. Tres niños en un endiablado juego de palas, cubos y rastrillos intentan construir una fortaleza de arena que se enfrente y detenga a la mar.

Una joven pareja toma el sol o se luce, ella impasible recibiendo las carantoñas y jadeos de un macho desprendido, mientras a su espalda, en el cañaveral, el mismo viento obliga a abrazarse a las cañas y carrizos en un acto obscuro de voluntades compartidas, se mecen dulcemente doblándose sobre su sombra. Hace horas que el sol ha comenzado su declive aunque aún hiera de soslayo.

Pasan caminando por la arena mas fresca dos mujeres entradas en años, hablan y gesticulan con los brazos, sisean al conversar como si rezaran. Es una procesión larga de hombres y mujeres que han rebasado la mitad de la vida y están acosadas por el colesterol, la diabetes...la opulencia, la carne -abandonados ya demonio y mundo- es el único enemigo

del alma, y del cuerpo. Entre dos líneas de boyas amarillas se mueve rápido un surfista, primero en línea recta para luego dar un quiebro; gira la solitaria vela y con un extraño golpe de viento viene a caer al agua.

Vuelve a repetir de nuevo , casi de memoria, el mismo rito: sube a la tabla, endereza la vela, surca un trecho en línea recta, da un recorte excesivo y cae de bruces de nuevo; y así una y otra vez siempre dentro de los límites de las boyas amarillas. A lo lejos una zodiac bicolor, roja por arriba y gris bajo la línea de flotación está inmóvil como anclada en el fondo del mar.

Pasean delante, por la zona húmeda, cada vez más peregrinos cofrades de la "santa enfermedad del siglo", unos marchan mas rápidos que otros, aunque todos caminan con ánimo resuelto, ligeros movimientos y braceando maquinalmente, como autómatas. Dos gaviotas vienen ráudas hacia el cañaveral sobrevolando a la joven pareja; dos pechos turgentes, de pezones encabritados las enfilan como cañones antiaéreos, mientras el macho ahora dormita, ajeno, enfrascado en un sueño abisal.

Se persiguen dos motos acuáticas rugiendo como moscones, lanzando un chorro de agua en columna como un géiser móvil. Muy lejano, del surfista sólo se columbra una vela triangular como la aleta de un tiburón gigante. En lontananza se divisa el lomo oscuro, verdinegro de la mar fundido con el azul des-

vaído del cielo. Y el color verdinegro llega a un gris clarito, cercano, siguiendo una degradación armónica del color: En esa transición me quedo con el turquesa recomendado por mi amante.

Una ola se retira y deja ver como en un espejo un cuerpo orondo difuminado. El sol sigue su curso hacia poniente y hace con su luz que toda la ensenada quede cubierta con papel de aluminio, semejante a una cubeta de mercurio sesgada por su estela blanquecina.

Los niños siguen afanados en rematar una desdentada torre del homenaje. Y las olas vienen y van rugiendo.

Vicente de lerins, Denia, julio 2005



Kimbita...

(DEDICADO A KIMBI)

«Mi nombre es Leoncio Jaramillo (aunque me llaman Kimbita), Subinspector del Cuerpo de Policía con destino en la Brigada Criminal-Comisaría 23, más conocida como «Comisaría de Leganitos». Mi Jefe natural (¿será natural?) es el Comisario D. Néstor de Andrade y Fernandez de Castro, gallego con denominación de origen, entroncado con los Condes de Lemos, conocido por los compañeros como el bigotín por su fino y recortado bigote de estilo falangista-ibérico. Ayer me preguntó -me interrogó- complaciente y muy entusiasmado acerca de mi origen patrio, (cosa que a él le tiene últimamente muy muy preocupado). Ante la firme sospecha de su perversa ojeriza, me dispuse a relatarle mis humildes orígenes sin rubor alguno:

—Yo, señor Comisario, nací en una inhóspita alquería de las Hurdes, provincia de Cáceres, situada en el encajado valle del río Esperabán hacia la mitad de su curso. Una humilde alquería de altivo, impropio y roquedo nombre que no guarda con la realidad proporción alguna; el topónimo es fruto de la pura fantasía, del delirio de grandeza y exageración sin freno que una mente quijotesca así lo hubo bautizado.

La alquería se asienta sobre el espolón más bajo de un cerro, mirando la espalda del río y dejándose lamer por sus aguas. En el fondo del agudo vértice que forma el valle, pueblo y río se unen en una simbiosis mística de vida y transmutación permanente. Sólo mirando arriba, al cenit, queda la vista despejada. Allí, las cumbres de las montañas circundantes recortan y definen contra el cielo un pequeño círculo de un azul profundo. Cerros como el de La Cotorra, Del Ciervo, La Romaleja...tachonados de robles, castaños y encinas, de matas de brezo y escoba. Abajo, junto al río, las huertas cercadas con tapias pizarrosas y brotadas de árboles frutales, vides, maíz o patatas. Y el río que destila un rumor permanente de vida acariciándolo todo, impregnándolo de una suave humedad a no más de una docena de casas estáticas y dulces que lo contemplan; pequeñas casitas apretadas, de muros y cubiertas de lajas de pizarra con fachadas revestidas y encaladas. Se repiten, clónicas: Abajo cuadra para los animales, arriba vivienda. Una escalera exterior adosada o patín de la misma pizarra (toda las Hurdes son lajas de pizarra) da acceso a la vivienda a través de una puerta de cuarterones. Ventanuco en la zona baja para cocina, tronera en la superior (troje) y balcón o no en la intermedia, de haberlo a la altura de su barandilla, y para una mejor atención de las plantas, se sitúa una ménsula de pizarra en saledizo (que nosotros llamamos vasalera o poyato) para colocar dos macetas en hile-

ra: perejil hurdano en una y albahaca en la otra. Recovecos y callejas muertas, casuchas alineadas en quebradas calles estrechas, diminutas, como toda la comarca e incluso los hombres, de genes liliputieneses, perdidos, proscritos, escapados...

De niños recoríamos de arriba abajo toda la alquería, corriendo desnudos, careciendo del abrigo y calor que debe proporcionar la infancia, esa etapa de la vida que pronto se acababa aquí...y nos hacían hombres, hombres-niños a la fuerza, trabajando entre las pizarras que cuajaban aquella tierra sin pan buñuelesca.»

Vicente de Lerins, Martes, 16 de Agosto de 2005

13:54



Guadalcazar

«Guadalcazar es una ciudad amurallada (Alcazar) situada sobre un promontorio que domina la vega del río Guada. Vista desde la margen opuesta del río, la ciudad se presenta como un imponente barco anclado en tierra firme. Nada ni nadie en toda la vega a sus pies puede sustraerse a su mirada de ave rapaz desde su estratégica atalaya. En su quietud mineral no descansa e intenta penetrar con su quilla el seco lecho del anterior cauce del río.

La Catedral ocupa la proa y el castillo de este buque varado. A su lado y a babor el Seminario, apoyado sobre la muralla romana que circunda y protege toda la ciudad a modo de faja. Hacia la toldilla se ensancha la nave y situándose intramuros las casas y viviendas, más nobles en el centro, extramuros los esquivos arrabales hacia los costados como polizones en fuga. La monotonía interior la rompe el palacio del Marqués de Guadalcazar con su torreón de aparejo almohadillado de tres pisos sobresaliente en altura de todo el recinto amurallado. Cuenta también con Cárcel y alhóndiga, Convento de Clausura y varias iglesias menores, todo monumental y ficticio, abandonado.

Mirando por una ventana del Seminario se puede ver en visión picada el barranco salpicado de chumberas con sus farolillos rojos en octubre al comienzo

de las clases, un primer plano del anterior y olvidado cauce seco del río ocupado ahora por huertas de regadío brotadas de verdes puntitos alineados formando ristras, árboles frutales en linderos; más a la derecha el solitario y despistado puente romano de cinco arcos con inservibles y agudos tajamares. Un puente abandonado caprichosamente por un río rebelde y juguetón como un adolescente. Hoy el puente en dique seco se antoja una extravagancia, un objeto inútil y olvidado en un escenario sin ninguna vinculación ya con la obra representada. A mitad de altura se intuye el río, ancho y caudaloso en la vega, flanqueado de álamos y enormes lilos que ocultan las vistas y el sol de sus sombríos paseos laterales. En invierno y primavera con los deshielos de las cumbres el río inundaba las zonas mas próximas de huerta, y en verano coincidiendo con el final del curso escolar, se agostaba y en su menguar dejaba al descubierto isletas donde crecían pimientillos y enneas, donde cantaban las ranas al atardecer. Una neblina persistente y vertical emergía cada mañana sobre el río indiferente a los cambios de estación.

Aguas arriba y a la izquierda, otro puente mas joven, modernista cierra el sector visual por el sur, camino de la Capital. Este puente de hierro con vigas de celosía y grandes arcos parabólicos superiores que lo ensalzan y aligeran, desafió las leyes físicas del momento y es un exponente de la arquitectura del hierro y del avance tecnológico del hombre a princi-

pios del siglo pasado.

A lo lejos abundantes cultivos multicolores, amarillos, tierras y sienas, de forma rectangular y linderos cosidos, que se engarzan con los verdes frondosos formando un puzzle armónico de color. En lontananza, suaves lomas azuladas, desvaídas por la distancia, desnudas o con pequeños sarpullidos de encinas, botones en sinople sobre campo ocre y horizontal que cierra la vega.

Entretanto la ciudad sesteá recogida intramuros, compacta, de calles estrechas y quebradas, empedradas en plazuelas singulares, navegando sobre este barco varado que la sostiene y viendo pasar el tiempo, ajena a los movimientos exteriores donde sólo el río discurre en un fluir callado, de susurro, como el rumor de un bolero antiguo.» Vicente de Lerins, agosto de 2005.

Martes, 16 de Agosto de 2005 21:48



Medir el Tiempo,

(Para Miguel y Consuelo, con afecto y cariño)

“Cómo quieres que mida el tiempo, me respondes aturdida a mi pregunta de cómo medir un segundo con la precisión de un cirujano”

Y me río y te describo cómo se mide un segundo, cómo el hombre es capaz de medir un segundo e incluso llegar a calcular unidades subordinadas aún más breves y perentorias, y poder acotar el cronometraje de ese tiempo irrisorio. Y no te lo crees, y meneas la cabeza negando mientras prendes otro cigarrillo y me miras recelosa detrás de la leve cortina de humo que nos separa. Y vas consumiendo segundos igual que consume la ardiente brasa, poco a poco y tenazmente el cigarrillo en tus labios descreídos. Y comienzo a contarte la historia del hombre que mediría un segundo o un tiempo más leve de habérselo propuesto...

«Miguel es un joven moderno y alegre, alto y delgado, treintañero, bien preparado, con carrera universitaria suficiente para afrontar cualquier trabajo que le ofrezcan, buen cumplidor de horarios y responsable en su puesto de trabajo con el terco empeño de un picapedrero. Tiene en su saldo deudor ser

un poco motilón, tener esa calvicie incipiente de joven instruído que deja descubierta las sienes y el pelo superior raído, como lanoso. Cada mañana al salir de casa, donde vive hospedado en la pensión que regentan sus propios padres por ser el piso familiar, comienza a medir el tiempo: El tiempo que tarda en bajar el moroso ascensor de vivienda barata, del portal al Metro, el viaje en Metro, el transbordo, el autobús de Legazpi a Usera que lo dejará finalmente a pocos metros de su lugar de trabajo, como unos cien metros que Miguel tarda exactamente en cubrir doce minutos con treinta y seis segundos. El total del tiempo transcurrido desde la salida de la casa de sus padres fue de una hora cuarenta y seis minutos con veinte segundos...

Y es que para Miguel medir el tiempo no es una cuestión baladí, es vital en su puesto de trabajo al que llega corriendo, ficha en ese reloj especial que también mide su tiempo, teclea su código en el terminal del puesto que conmuta los tiempos de descanso, se coloca los cascos y a escuchar...bueno a sentir a la gente, a redactar, ...”Que persona/s desconocidas han sustraído...”, a oír penas y calamidades más que alivios y alegrías, “la cartera...”, a auscultar y deducir qué y quien hay más allá, “ del interior del bolso...” , al otro lado de la línea telefónica , “ que portaba colgado del hombro...”.

Mientras alguien, un compañero/a cercano/a pulsa el mute y grito/a “¿inglés?”, otro/a chillo/a

“¿alemán?”, un profano ciertamente se perdería en esa maraña de lemas, no sabría exactamente qué estarían buscando en esa selva del lenguaje, si apellidos, alias o traductores/as. Y Miguel ve en la pantalla los tiempos de llamada y en espera de llamada, “¿Desde qué provincia me llama?...” y calcula de nuevo el tiempo, los segundos, las fracciones cortas de segundo certeras para despachar convenientemente “¿A qué lugar se la envió?...” y educadamente “ Tome nota de este número, por favor....” , despedirse del dicente “Gracias a Usted, señor/a por su llamada...” Detiene el conmutador para comer y éste le devuelve unos pitidos agudos y desiguales como enfadado por su fugaz ausencia, mientras el tiempo sigue, corre y vuela en su contra sin que pueda detenerlo ni apearse. En el momento que Miguel vuelve a la sala de máquinas después de haber comido, ya ha entrado otro turno, y Consuelo, una joven atractiva y elegante, "una mujer de raza blanca, de pelo rubio y melena..." con una belleza natural de perfil griego, saluda a Miguel con un gesto de la mano mientras habla quedamente: “¿Dígame, qué le ha pasado?...” y comienza a redactar "Que persona/s desconocida/s...", mientras sigue escuchando callada "...del citado vehículo de su propiedad...." absorbita Consuelo ahora en su menguado y monacal silencio "sin que se percatase del hecho".

Cuando sale Miguel del trabajo, después de haber fichado en la máquina del tiempo, ya ha caído

la noche en el Madrid periférico, extraño , de inmigración. Comienza a contar el tiempo...midiendolo nuevamente con la misma precisión de un metrónomo o de un cirujano, porque ahora no vuelve a casa de sus padres de retirada buscando el descanso, no, ahora comerá un bocadillo en un bar sucio, con el suelo encharcado de restos de comida y servilletas y un persistente olor a frituras, y fichará de nuevo en el reloj de su segundo trabajo, tic-tac, que mide las décimas de segundo perdidas en el misterio de la noche: grabará datos de informática...hasta el Alba, siguiendo Miguel con la misma delicadeza ejemplar dividiendo el tiempo, midiendo y precisando el tiempo que lleva y el que le resta por llegar a su casa, a casa de sus padres, así "in secula seculorum...sin que se percatara de los hechos"...».

VdL, Viernes, 02 de Diciembre de 2005

=====

Nota d. A.: No son exactamente así las vidas de Miguel y de Consuelo, pero sí las de miles de jóvenes españoles que se merecen algo mejor.



SH5 POLAR.ES

«Desde la jibarizada Casa del Correo en la calle de Arturo Soria y a menos de una legua, se puede ver a poniente el distinguido y lujoso Hotel SH5 estrellas polar.es (SH5 *****). Es un complejo hotelero formado por dos edificios gemelos, cúbicos, con granito basto reforzando sus aristas —como los palacios más nobles—, y cristales tintados en la zona central de las caras, que toman distintas coloraciones según incida sobre ellos la luz del sol: Azul cobalto al amanecer, irisado del color de la imposible mezcla de gasolina y agua de lluvia cuando el sol cae a plomo sobre el edificio, del color de las algas a la hora crepuscular, llegando al negro de luto cuando muere el día. Esta estructura acristalada forma agudos tajamares en las caras laterales del edificio que sirven de balcones en las plantas superiores o de leves garitas defensivas, según se mire.

A su entrada, ya casi en el centro del vestíbulo reluciente en su granito pulido, te topas por estas fechas con un gran abeto navideño iluminado y vestido de faralaes para la ocasión, con lunares de rojo escarlata que forman las bolas brillantes, mientras los volantes ondulados, festoneados espumillones del mismo color abrazan de abajo arriba en forma de hoja de manzana y débiles ramitas purpuradas, como el edénico ofidio que muere en su cima, junto a la estrella después de haber recorrido y apretado toda

la piel del árbol del bien y del mal.

Esta armonía escarlata profusamente iluminada desde el exterior, contrasta con el verdor del cuerpo del abeto, con sus agujas fractales, entretelas y enaguas aceitunadas. Dispuesto así el conjunto sería la atracción de lujo del SH5, pero este reposado encanto se va a ver eclipsado por otra figura aún más hermosa, una figura hierática que se escuda tras el mostrador iluminado, de granito refulgente: Es la serena y equilibrada belleza eslava de la recepcionista, de la venusta DIANA, que todo lo llena con su hermosura radiante, haciendo lo demás menor, insignificante, puro decorado de relleno para la puesta en escena. Ella es ciertamente, la estrella alfa, la más luminosa de la constelacion polar. Sólo hacia ella se dirigen los potentes cañones de luz de las miradas furtivas. Sus cabellos rubios peinados a la griega o recogidos en una elegante cola de caballo que resbala por su fina nuca y cae naturalmente sobre el vestido negro. Oro sobre negro y blanca piel, pómulos salientes y gráciles, gruesos y bondadosos labios que hacen su sonrisa más cordial y afectiva, encantadora...protegida por un plateado medallón celta o quizás un amuleto eslavo.

La función estelar será hoy en el Salón del Cuco, después de la cena, al anochecer, a la hora bruja. Y hoy como cada martes cantará el servicial ROBERTO embutido en un ajeno frac de charoladas solapas, la pajarita le afila el rostro ya de por sí alargado.

Entona, ensaya y carraspea el fiel barítono que acaba de dejar su pobre traje de un color azul integral y monocorde colgado en la taquilla de la conserjería. Se hace un silencio absoluto y presintiendo el despegue ISMAEL, que está cambiando una bombilla en la cuarta planta, enfundado en su mono azul de mahón, limpio y proletario, cierra sus almendrados ojos negros, se abrocha el cinturón y se dispone para el lunático viaje astral o espacial que en breves momentos dará comienzo. Unas notas de piano rasgan el silencio de la noche y abren la romanza que entonará el servicial ROBERTO en mi bemol, alcanzando exquisitos y altísimos agudos con las venas hinchadas de su garganta roja pero cultivada, mimada y consentida como una buena amante el gaznate del bueno de ROBERTO . Ya salen las notas y con ellas las claves de la bella romanza que invade el SHS como una nebulosa, ocupando todo el espacio libre, flotando entre los muebles, deslizándose por los pasillos, llegando a todos y cada uno de los rincones del hotel SH de cinco estrellas polar.es: música, voz y la belleza de DIANA unidos en perfecto enlace químico, una sintonía molecular que eleva el edificio SHS como un liviano bloque, ingrávido, que sube, y que por momentos despega hacía el vacío cósmico y sideral, polar, armónico y es como si estuvieras al mismo tiempo escuchando esta romanza en Viena, New York o Milán, pues dicen que a veces los huéspedes del SHS llegan al trance helado y polar al calor de la

música, que alcanzan ese punto de no retorno budista y se ven frente a frente con el nuevo Paraíso , tratándose de tú a tú con el Hacedor, en un sueño salvaje y místico, abiertas las puertas de los corazones de par en par...

Por esto y algo más, cada vez que tengo que pernoctar en el Madrid galáctico y jubilar aprovecho y me hospedo en este Hotel SH5 estrellas polar.es con la esperanza de que un día cercano y casi por descuido sin proponérmelo, pueda yo alcanzar mi Nirvana soñado».

Enero de 2006



Martirio,

«Hace unos días me contaba Avelino Moratalla que los espías de la empresa para la cual trabaja le comenzaban a tener una cierta «ojeriza» que Avelino con esa afectación que le caracteriza corrió a definirla como «MARTIRIO». Además y por ello le dije que ese alias pertenece a una cantante y actriz española de flamenco, con peineta y gafas oscuras permanentes, que no se muy bien porqué a mí me recuerda siempre a la Niña de la Puebla; le manifesté a Avelino que ese nombre se reservaba cuando llevaba implícita cierta carga religiosa, no ajustada al trabajo que él desarrolla, que sería más certera, quizás, la palabra «TORTURA» que el diccionario de la RAE define como grave dolor físico o psicológico infligido a alguien, con métodos y utensilios diversos, con el fin de obtener de él una confesión, o como medio de castigo, o el moderno término de «acoso».

¡Si es que Avelino es un buen hombre, caray!
¿Quién le puede hacer daño a Avelino Moratalla?

Y es que Avelino Moratalla trabaja como vigilante nocturno en una empresa de alta tecnología. Esta empresa para evitarle las largas y tediosas horas de la noche donde reina una quietud mineral en todo el edificio, tuvo la buena intención de colocarle sobre su desvencijada mesa un ordenador con conexión a internet. Era una bomba trampa, un cebo, una sencilla y pueril golosina envenenada: En realidad sólo

deseaban saber de Avelino qué lugares visitaba, que leía, y “cómo navegaba” por este mundo cibernáutico a sus años -tarado, casi un viejo prematuro-. Si lo utilizaba y buscaba una palabra en el Google...al día siguiente le amonestaban severamente por aquella búsqueda...si decidía no volver a utilizar aquel extraño aparato, le volvían a reñir por no utilizarlo, por no aprovechar el pozo sin fondo de cultura que duerme en el limbo de internet...con las enormes ventajas que tenía aquello y Avelino Moratalla erre que erre sin utilizarlas. Ante la duda, Avelino levantó la boina marrón del uniforme, se rascó limando su mollera y decidió no utilizar aquel diabólico invento en toda su vida. En resumen: La empresa que vendía TECNOLOGÍA había perdido para in sécula seculórum un buen cliente amén de su familia y allegados: pésimo marketing.

Y es que Avelino Moratalla es un hombre de este siglo con hábitos decimonónicos y eso lleva a los espías de la empresa a la rabieta, a la crispación y al consiguiente enfado. El no comportarse como un verdadero homo ciberneticus les trastoca sus telemáticos y atolondrados cerebros. Avelino Moratalla no deja rastros. Avelino utiliza fiambarrera donde porta la cena e infiernillo de alcohol para calentarla, nunca utiliza MICROONDAS. En vez de ver TELEVISION o viajar por INTERNET Avelino se agencia donde puede un buen LIBRO, con tipos de letra grande, forra con doble hoja de periódico sus pastas, y nada ni nadie sabe lo

que puede estar leyendo. Las CÁMARAS DE VIGILANCIA cuando lo miran y escrutan no pueden leer sus pensamientos. Además Avelino gusta de escribir a mano, siempre sobre papel de cuaderno rayado, como los de antes, pues cuando hace pinitos con endecasílabos dice que le atormenta el blanco resplandeciente de los folios, el comenzar tembloroso de la mano, por ello no usa FOLIOS ni MÁQUINAS DE ESCRIBIR, ni por supuesto PC ni ORDENADORES, tampoco usa MÓVIL. Así, cuando Avelino cena en esa mesa de circunstancias, frente a un inútil ordenador apagado, piensa en Quijote, en Sancho, en Pijoaparte, en Celama, en el último Nadal, en Los Nobel y los noveles lejos de los ordenadores... ¿Qué más puedo decir de Avelino? ¿Cuántos Avelinos conocen?

En estos momentos yo escribo en este blog la historia de mi amigo Avelino Moratalla desde mi casa, donde poseo una conexión a internet de 4,1 Mbps. No vayan a pensar los MALPENSADOS ESPIAS que utilizo un mínimo recurso ajeno para ello».

Miércoles, 25 de Enero de 2006 11:40



EL SALTO DEL TIGRE

«Afuera seguía lloviendo. El agua caída a lo largo de toda la mañana, se recogía ahora dócilmente para ser amasada más tarde con la tierra y formar un grumoso, primitivo y sustancial caldo de cultivo. Los dos habían llegado al mismo tiempo y se encontraban a cubierto, secos, bajo la marquesina que lubricada constantemente por el agua aparecía ahora encarnada y rutilante a la mirada lasciva del hombre. Rodeados ambos por pequeños islotes de tierra que pugnaban por emerger sobre los grandes charcos de agua que se iban formando en medio de otros aún mayores, charcos de un agua remansada, terrosa y sucia. Avelino Moratalla le había echado el ojo bueno, el sensual, el obscuro ojo derecho desde que la vio llegar. Hoy era su día. Avelino había salido “de caza” y no pensaba regresar a casa sin haberse cobrado al menos una pieza. Así, mientras ella estaba allí, tranquila, seca, la mirada al frente a un horizonte inexistente que podría ser el horizonte gris de la mar bajo la cúpula esférica, sin percatarse de su presencia o de haberlo advertido, haciéndose sencillamente la “interesante”, lanzando a veces con sus ojos grandes y abultados una mirada oblicua de soslayo, acompañada de un ligero mohín desdeñoso, huérfana de lujuria y sosiego, segura como estaba de la lejanía que aún les separaba, “distancia de seguri-

dad” que ella mantenía como una necesidad vital. Y no se equivocaba.

Avelino intentó una aproximación directa, frontal, y lo hizo poco a poco, como un gran felino cazador, sabiendo que cualquier movimiento en falso delataría su presencia y la huida de ella sería inmediata y definitiva. Ella seguía ojo avizor, sin fiarse ni un pelo de sus intenciones, y como no hizo gesto alguno de desagrado que hubiese frenado en seco a Avelino, le dió a éste más fuerza, como más “confianza en sí mismo” al pobre de Avelino que se planteó mentalmente, en millonésimas de segundo un ataque táctico para la captura y rendición total de su potencial presa femenina. El siguiente trecho que debía cubrir Avelino para cerrar distancias, sería el más peligroso, resbaladizo -también por el agua y el suelo-, y trascendental (al menos para ella). Se preparó a conciencia: No deseaba que por nada del mundo ella se percatara de sus silenciosos, raquíuticos y casi imperceptibles movimientos de acercamiento. Menos mal que hoy no se había puesto gomina ni colonia, su Varón Dandy permanente de fuerte y rancio olor meloso le hubiera delatado. En este tramo final, el más arriesgado, le comenzaron a traicionar sus nervios: empezó a sudar, primero por la frente, mas tarde por el cuello y el pecho, eran gotas frías que le paralizaban; su ojo libidinoso comenzaba un parpadeo involuntario, sin lograr ajustarlo, impidiendo un a apreciación justa, tensa, “Un ojo traicionero

que habría que extirpar de cuajo” pensó él en el momento más delicado. Sus manos, anchas y blandas, con los dedos como porretas, pequeños cucuruchos articulados, diríase que no le iban a responder convenientemente ante el temblor que se iniciaba, un tamborileo, un baile de San Vito más bien. Aún así volvió a dar varios pasitos, cortos e inapreciables y como quiera que ella seguía allí, con una pasmosa serenidad de estatua, con su piel humedecida por el día lluvioso, aunque a Avelino esa piel se le antojó lubricada y erótica hasta la perdición, cubierta de un verde y fulgurante chubasquero que la emputecía vilmente, decidió jugárselo todo a una carta. No podía volver sin algo “que llevarse ala boca”.

El último minuto fue capital, metafísico.

Ya estaban los dos “excesivamente” cerca, casi a punto él de sobrepasar el “anillo de seguridad” imaginario que ella tanto se había cuidado de mantener a toda costa. Fueron unos segundos que resolvieron el ataque y la defensa postrera. Parado muy cerca de ella, Avelino con una ligera inclinación hacia atrás sacó el palo que llevaba escondido y echando el cuerpo hacia delante prodigó un solo y certero garrotazo con todas sus fuerzas... Ella, como un muelle, ya había extendido sus largas ancas traseras y volaba materialmente hacia el fondo del charco...Un largo “croacc.....” se vio aumentado por el estallido al

romper la superficie del agua. El croar bravo y lento de la rana y el chasquido del agua resonaron en la alta bóveda, la esfera húmeda de la burbuja donde se encontraban... Y afuera seguía lloviendo...»

VdL, Miércoles, 08 de Marzo de 2006 03:52

